Umbrales, 46, 2026: 145-158, ISSN 1994-4543, https://doi.org/10.53287/w9c5t2h7n4vk

La literatura en Bolivia*

Marcelo de Urioste Nardín (+)[1]

Pienso en un cochabambino sin caudales, pobre en latines y rico en metáforas, que escribió con pluma de ganso en una fría habitación potosina de principios del siglo XVIII. Lo veo mezclando guerras civiles con inverosímiles milagros, sucesos históricos con deslumbrantes sirenas,

* Es uno de los últimos ensayos del autor, escrito en 1995. Lamentablemente, no se han encontrado las referencias a que remite el texto. Nos hemos tomado la libertad de elaborar una bibliografía de referencia (N. de la E.)

1 Marcelo de Urioste Nardín (La Paz, 1952-Washington D.C., 1997), licenciatura en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Católica de Bolivia, maestría y doctorado en Comunicación Social y Desarrollo Latinoamericano por la Universidad de Florida, Gainesville. Obra poética publicada y premiada: *Sangre y sueño*, La Paz: José Martí, 1981, segunda edición: La Paz: CIMA, 1996; *Los relatos poéticos de Diego Calahumana* (Primer Premio de Poesía Franz Tamayo 1981), La Paz: José Martí, 1982, segunda edición: La Paz: CIMA, 1996; *Fuego desvelado* (Primer Premio de Poesía Perspectiva 1985), La Paz: José Martí, 1985; *Talismán de viento*, La Paz: UMSA, 1987; *El regocijo de vivir*, La Paz: José Martí, 1996; *El regocijo de vivir. Obra poética I*, La Paz: Plural Editores, 2013. Tiene ensayos publicados sobre José Antonio Arze y Gabriel René Moreno. Obra musical: la canción "Cordillera Real", interpretada por la Orquesta de Cámara y la Sociedad Coral Boliviana en 1981, fue premiada por la Alcaldía de La Paz; "Sangre y Sueño", LP de MCB Discolandia, 1984; "La Entrada de Simón Bolívar a Chuquiago", romance musicalizado por Savia Nueva y Luis Rico; "Sangre y sueño", texto inédito que recoge las partituras de 75 composiciones suyas, 1996. Recitales en La Paz: Goethe Institut, Alianza Francesa y Casa de la Cultura; participa en el "Tercer Festival de la Nueva Canción Latinoamericana", Quito, 1984. Fundador y presidente del Movimiento de la Nueva Canción Boliviana en 1983.

mujeres de ensueño con aparecidos de ultratumba. Nadie le pidió que lo hiciera. No era letrado ni docto ni cortesano. Todavía no sabemos con certeza si se llamó Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela o Nicolás Martínez; lo único que consta es que a principios del siglo XVIII patentó lo que en la época del *boom* de la literatura latinoamericana se denominó "realismo maravilloso". Pienso en un joven guerrillero, pleno monte y camisa destrozada, que se reclinó a orillas del río Mapiri: canana mojada, nube de mosquitos, letra temblorosa. Así dejó Néstor Paz un testimonio escalofriante de sus diálogos con Dios. Pienso en un relojero desvelado, relojero de versos fantasmagóricos; en ese ser huesudo y parapetado, guardián de la alucinada visión, propietario del alucinado morir, escudero de la alucinante aventura de escribir; es decir, Jaime Saenz. Y pienso también en Gabriel René Moreno, siglo XIX, levita negra, bigote patriarcal, mirada incorruptible, aroma de incunables, quien dio en la extrema locura de publicar libros para nadie; pero, eso sí, libros quemantes por su verdad, gigantes por su erudición, vibrantes por su hermosura, inconfundibles por su castiza manera de decir.

Cuesta trabajo imaginar autores más dispares, estilos más encontrados, épocas más antagónicas, lugares más incompatibles. Si en este instante pienso estas imágenes, es porque encarnan un idéntico destino de letras; un insensato jugarse el todo por el todo; un invencible deseo de acatar la voz de los demonios interiores. Estos nombres demuestran que en Bolivia se produjeron aventuras estéticas de máxima calidad, escritas en máxima tensión, logradas con máxima universalidad. O, para decirlo en cristiano: estos nombres demuestran que tenemos una literatura.

Carlos Medinaceli (1938: 119) no lo creía así: "En Bolivia estamos atravesando el primer estadio de la evolución social: estamos aún en la infancia, o, cuando más, en la adolescencia". Sostengo que no cabe recurrir al concepto de adolescencia literaria frente a los maduros universos textuales de Ricardo Jaimes Freyre, Marcelo Quiroga Santa Cruz, Pedro Vicente Cañete, Oscar Cerruto o Pedro Cieza de León. Me niego a utilizar estas categorías cuando leo *La Prometheida*, *Juan de la Rosa*, *Los deshabitados*, *Castalia Bárbara*, *Últimos días coloniales en el Alto-Perú* o *Muerte por el tacto*. No queda más remedio que empezar a revisar ciertas nociones tradicionales.

Calidad, dije, no cantidad. Tensión creadora, no imitación. Universalidad, no localismo. Necesitamos una mirada crítica y personal que deje de situar el interés sociopolítico de una obra por encima de su calidad textual; el atractivo del tema por encima de su tratamiento creativo; el valor local por encima de la dimensión estrictamente humana. La verdad es algo que sin duda acontece dentro de nosotros mismos porque nuestra es la capacidad del asombro y el hallazgo. Y si la extrañeza es el origen de la meditación, como planteó Aristóteles, con extrañeza abriremos nuevamente un puñado de obras clásicas, escritas por un puñado de creadores solitarios, para regocijo íntimo de un puñado de lectores recalcitrantes, que no otra cosa es literatura.

La labor del crítico

No creo que debamos confeccionar guías telefónicas de autores y libros. Por otra parte, los tensos límites del ensayo breve obligan a pasar por un delgado alambique casi 500 años de aventura literaria. En vez de hablar de escuelas, escogeremos un manojo de obras por su capacidad de provocar lecturas múltiples, por su atractivo intrínseco, por su quemante actualidad. En vez de hablar de generaciones, nos concentraremos en un puñado de escritores relevantes por su casta literaria, por su leyenda de letras, por su quehacer inconfundible. Los escritores de todas las razas, edades y países son una especie rara, en permanente riesgo de extinción. Siempre son pocos, pero son. No pertenecen a escuelas: las fundan. Para ser de todos los tiempos, son de su tiempo; para ser de todas las patrias, son de su patria.

Siguiendo a Javier Sanjinés (1992), abordaremos las obras dentro de las estructuras ideológicas mediadoras de la sociedad, sin olvidar que el mejor texto no es el simple reflejo del contexto. En eso coincidimos con Barthes. La lectura literaria (placer, estímulo polisémico) es radicalmente distinta a la lectura sociológica, y la función estética jackobsoniana es más importante que el dato sociológico. No pensaba así Medinaceli (1938: 11) cuando afirmaba que "Nuestras novelas no valen como obras de arte en sí, como creación, sino como expresión de un muy típico estado social nuestro. Valen como documentos para estudiar la sociología boliviana". Como la autonomía del

texto literario ya fue debidamente revindicada por los abanderados de la nueva crítica boliviana (Luis H. Antezana, Blanca Wiethüchter, Leonardo García Pabón), me remito a sus argumentos.

También resulta ineludible redefinir lo que entendemos por literatura boliviana. De entrada, no creo que el certificado de nacimiento de un autor impida su pertenencia a una literatura: Calderón de la Barca en *La Aurora en Copacabana* (2018 [1672]), Ernesto Guevara en su diario (1968), Pedro Cieza de León en su *Crónica del Perú* (1543) pertenecen a nuestra literatura. La concibo como un conjunto de obras disímiles, escritas por seres nacidos aquí o allá, enraizadas en el acontecer de esta colectividad imprecisa. La verdadera patria de la literatura es el idioma, y su certificado de nacimiento, la calidad. Así de volátiles son las fronteras de la palabra escrita.

Carlos Medinaceli concebía la crítica como servicio público y de construcción de la nación. Amaba la literatura como documento sociológico. Hoy pensamos distinto. En la sociedad masificada contemporánea revindicamos un espacio para la aventura personal. En la edad de los satélites de comunicación, la construcción de la nación literaria ha quedado confinada al lejano siglo XIX. En pleno postmodernismo, la literatura ha vuelto a ser literatura. Hoy todo es apertura, modernidad, cosmopolitismo y raíz. Pocos escritores modernos subordinan su texto a los requerimientos de los "aduaneros de la república de las letras" (como los llamaba Moreno). Menos aún son los que sostienen que su obra es un simple instrumento de las ideologías. En la aldea global de McLuhan, el nacionalismo literario ha dejado de existir, y el certificado de defunción vale igualmente en Francia, Estados Unidos, Polonia, Argentina y Bolivia, mal que les pese a los desinformados.

Una historia personal de la literatura

Los historiadores de nuestra literatura han verificado la existencia de por lo menos seis etapas históricoestilistas: literatura precolombina, virreinal, romántica, modernista, vanguardista y contemporánea. Todos estos son momentos de la creatividad, y nos ayudarán a situar ciertos hechos especialmente densos en materia de escritura. Desde el punto de vista de la historia

de los géneros, tenemos un recorrido heterodoxo. Como bien se sabe, la literatura empieza con la poesía lírica; luego viene la canción épica; de allí se desprende la narración histórica; el cuento es una invención renacentista; el ensayo, una banderilla del enciclopedismo, en tanto que la novela es un género burgués posterior. En nuestro caso, todo acontece al revés: el primer género clásico es la crónica; luego florece el ensayo, que es nuestro género más tenaz y desarrollado; recién a fines del siglo XIX se escriben buenas novelas; la poesía en serio aparece con el modernismo; la épica no aparece jamás, y el cuento madura recién en nuestro siglo XX.

Por algún lado hay que empezar, así que digamos que la literatura precolombina en esta región del mundo es prácticamente inexistente. Ni los tiwanakotas ni los habitantes de Iskanwaya (para citar los únicos centros poblados prehispánicos de importancia) conocían la escritura. No tenemos nada parecido al *Popol Vuh* o a los *Libros del Quiché*, de Centroamérica; tampoco códices, como los aztecas. No se recopilaron discursos comparables a *Dioses y Hombres de Huarochorí*, rescatados en el Perú por el extirpador de idolatrías Francisco de Ávila (1966 [¿1598?]). La literatura aymara sigue siendo oral e incipiente. La literatura quechua boliviana tampoco produjo un libro de auténtica valía, como los tristes de Melgar o los textos de José María Arguedas en el Perú. Los fragmentarios poemas de Juan Wallparrimachi Maita no constituyen prueba en contra; tampoco la recopilación de poesías líricas, teatro, poesía épica y leyendas cuzqueñas efectuada por cronistas como el Inca Garcilaso de la Vega, Guamán Poma de Ayala (1936 [1615]) y Santa Cruz Pachacuti Yamqui (1879 [s. XVII]). En el Collasuyo, los frágiles cincuenta años de dominación incaica no construyeron ciudades ni dejaron obra artística memorable ni testimoniaron la existencia de un solo escritor ni produjeron una obra comparable, por ejemplo, a la del ReyPoeta Nezahualcóyotl (1402-1472). Quien piense lo contrario, que nos muestre ese libro, que nos presente a ese autor.

Nuestra historia literaria comienza con las descripciones épicas y naturalistas de un capitán andariego, vecino de Sevilla, que se propuso narrar en un castellano seco "los nunca oídos trabajos que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado". Para comprender el encuentro de las dos culturas es necesario leer a Pedro Cieza de León (1553), el adelantado de la tradición literaria grecorromana en estos páramos. Veintidós capítulos

de su andariego libro (capítulos XC a CXVIII) tratan de Potosí, el Collasuyo, La Plata, Tiwanaku y La Paz. Sus cuatro tomos se publicaron en la Sevilla de 1553 porque la Audiencia de Charcas recién adquirió imprenta propia en 1622. Renacimiento, barroco y neoclásico fueron las principales escuelas virreinales. Cieza es renacimiento, crónica directa, pasión meticulosa, cabalgar despierto y realismo velazquiano. Su libro resulta un plato hambriento de mirar, al descampado, imperfecto, tatuado de aventuras. Cieza no fue el único cronista en describir el descubrimiento del mundo precolombino, pero sigue siendo el más palpitante. Bien se conoce que este capitán, fundador de ciudades y sofocador de revueltas, no dominaba el latín.

La literatura virreinal también se engalana con los relatos sobre Moxos del minucioso Altamirano (1891 [c. 1710]); los ensayos sobre Santa Cruz del sagaz Francisco de Viedma (1836); los textos viajeros de los audaces aventureros Ulloa; la prosa del conceptista Oidor Matienzo; y la pasión del azaroso Vicente Cañete. De allí mi convicción de que el ensayo sociológico, económico y político es el plato fuerte de la literatura boliviana, tradición que se mantiene y remoza hasta nuestra época. O que lo digan si no los ensayos vibrantes de Marcelo Quiroga Santa Cruz y René Zabaleta Mercado. Si Cieza es la joya renacentista y conquistadora, la más genuina crónica virreinal, concebida como arte narrativo, empieza con Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela, pasa por don Gabriel René Moreno y culmina en Julio Lucas Jaimes. En efecto, la más atractiva obra de la literatura barroca es la que esculpió Arzáns de Orsúa y Vela, desaforado cronista potosino, autor de la *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (1965 [inicios del s. XVIII]). Nada iguala el placer de leer este texto abigarrado, mezcla de novela caballeresca y crónica objetiva, cruza de imaginería religiosa y crítica social.

A este libro fabuloso podría atribuírsele la influencia de Gabriel García Márquez, si no fuera que fue escrito 256 años antes que *Cien Años de Soledad*. En efecto, el Potosí de Arzáns tiene mucho de Macondo. Allí fueron a beber los tradicionalistas del siglo XIX, entre ellos el refinado Julio Lucas Jaimes, cuyas leyendas recopiladas en el libro *La Villa Imperial de Potosí* (1905) permiten entrever el alma virreinal. De fines del siglo XIX proviene esa sustancia contradictoria y densa, documentada y lapidaria de Gabriel René Moreno, quien es el mayor escritor de su tiempo. Sus *Últimos días coloniales en el Alto-*

Perú (Moreno, 1896), que bien pueden ser leídos como historia, como novela o como descripción sociológica, pintan toda una sociedad con paleta de pintor veneciano. Moreno es el Canaletto de nuestra literatura.

En torno a nuestra guerra de independencia, dos textos la revelan en todo su dramático fulgor: *Juan de la Rosa*, de Nataniel Aguirre (1909), y el diario del Tambor (Vargas, 1982 [1852]. La novela de Aguirre, incompleta e ingenua, logra preservar su lozanía y cruza por las décadas sin sufrir mácula. A través de la experiencia de un niño, nos convertimos en observadores privilegiados de la sangrienta guerra. No sé si sería exagerado decir que es la mejor novela boliviana, pero de todas maneras es la más leída, la más permanente, la más popular. El diario del Tambor Vargas, en cambio, da inicio a una tradición minúscula y poderosa de literatura testimonial, que remata en nuestro siglo con obras como el diario de Néstor Paz (1971), *Si me permiten hablar*, que recoje el testimonio de Domitila Chungara (Viezzer, 1977), y el diario de Ernesto Guevara (1968). Vargas era un joven levantisco enrolado casi sin querer en las filas guerrilleras. Su narración, llena de faltas de ortografía y herejías sintácticas, transmite la precariedad de la vida, la omnipresencia de la muerte, y la difusa idea de patria que alimentó a esos seres perseguidos y desamparados que la fundaron.

Para estudiar nuestro romanticismo debemos acudir fatalmente a los *Estudios de literatura boliviana* del primogénito de nuestra literatura, Gabriel René Moreno (1955-56). El siglo XIX, romántico y desarreglado, tuvo una poesía flaca y una prosa suculenta. Ricardo José Bustamante, Adela Zamudio, Néstor Galindo Argüelles, Mariano Ramallo y María Josefa Mujía no son románticos de menos peso que los de cualquier otro país de América, lo que no es mucho decir; en efecto, todos los románticos eran de poco peso. Incluso los españoles, descontando a Bécquer.

La prosa realista decimonónica, en cambio, nace y crece al borde de dos siglos. Su llegar es contundente. Pruebas al canto: ese libro sangriento y despiadado, *Matanza de Yáñez* (Moreno, 1886), espejo de la cruda realidad, grito de lucidez, voz de gacetas. Un avisado lector no podría tampoco dejar de leer los decantados *Estudios históricos y literarios*, una compilación de estas obras de Moreno elaborada por Fernández Sanabria (1983), que reflejan su época como un espejo veneciano. A finales de este siglo surge la novela social;

conocer la Bolivia republicana, plata y estaño, es posible a través de Armando Chirveches, en *Casa solariega* y *La candidatura de Rojas* (publicadas en 1916 y 1909, respectivamente). El realismo crece hasta el Chaco, se mantiene hasta el 52 y agoniza en la modernidad densamente subjetiva. Así tenemos *Aluvión de fuego*, de Oscar Cerruto (1935), y *La Chaskañawi*, de Carlos Medinaceli (1947). De veras pienso que nuestra novela indigenista y nuestra novela minera son de escasa calidad. Fruto de las buenas intenciones de autores citadinos, hay algo estereotipado en todas ellas, incluyendo a *Raza de bronce* (Arguedas, 1919), *En las tierras del Potosí* (Mendoza, 1911) y *Socavones de angustia* (Ramírez Velarde, 1947). Les sobra en discurso lo que les falta en nervio. Toda la tendencia realista en nuestra literatura, sobre todo en la novelística, patria materna del realismo moderno, ha sido analizado en los *Estudios críticos* de Carlos Medinaceli (1938).

Nuestro modernismo es breve, como el primer amor, y es exclusivamente poesía. Con el modernismo nace la única poesía clásica boliviana; lo de atrás es balbuceo. Guillermo Francovich, en *Tres poetas modernistas de Bolivia* (1971 [1962]), lo estudió con detenimiento. *Castalia Bárbara* es su logro más perfecto; *La Prometheida* su ambición más elevada y *Poesías escogidas*, su padecer más romántico[2]. Pienso que el más actual, el más contemporáneo, el más capaz de reflejar el sentir de una generación cosmopolita y refinada, es *Los sueños son vida*, de Ricardo Jaimes Freyre (1944). Y de veras, cuánta galanura en el decir; qué ritmo; qué riendas y qué espuelas; que recatada intimidad la que se logra.

Literatura contemporánea

La modernidad es un concepto esquivo. Yo diría, por ejemplo, que nuestro primer libro auténticamente moderno es el mencionado *Estudios históricos y literarios* de Gabriel René Moreno. Allí están planteados los problemas candentes de nuestra propia realidad. E, incluso yendo más atrás, creo que la literatura de vanguardia se inicia con los textos sobre educación y filosofía social que trabajó Simón Rodríguez, el fundador de las primeras escuelas

2 Obras de Ricardo Jaimes Freyre, Franz Tamayo y Gregorio Reynolds, respectivamente, a los que se refiere Francovich en ese texto (N. de la E.).

fiscales republicanas. Muchos pensadores siguen cojeando detrás de este pensamiento. Por eso me parece que, en materia de ensayo, la modernidad boliviana no hace sino continuar con obras como *Creación de la pedagogía nacional*, de Franz Tamayo (1910), y con los ensayos de José Antonio Arze planteando los problemas cardinales de un país inconcluso. Con bastantes rayos y truenos el primero; con una prosa digna, pobre de recursos y generosa en extremo, el segundo, recrearon una tradición de pensar la propia realidad para crear un orden nuevo. En la misma actitud del Inca Pachacútec, por ejemplo, o del virrey Francisco de Toledo.

Pienso que la ensayística ha logrado en Bolivia los mejores frutos; es la única escuela con siglos por detrás que no parece decaer ni un punto. Es una prosa barroca mestiza, la nuestra; con pocas citas y muchos arranques; con poca cortesía y mucha dinamita. En *Bolivia: el desarrollo de la conciencia nacional* y *Lo nacional-popular en Bolivia*, Zavaleta (1967; 1986) demostró ser un poeta enarbolando un idioma rico en dobles intenciones. En *Oleocracia o patria*, *El saqueo de Bolivia* y *Hablemos de los que Mueren* se lució el estilo terso, la toledana espada de Marcelo Quiroga Santa Cruz (1976; 1973; 1982). En el ensayo breve está el epicentro creativo del intelecto boliviano; lo más genuino, lo medular, lo más moderno, lo más esplendoroso.

En materia novelística, una vez superado el momento realista, la novela se aventuró a expresar, por fin, poderosas densidades subjetivas. Así, por ejemplo, *Los deshabitados*, de Marcelo Quiroga Santa Cruz (1959), donde los personajes son: una luz tediosa, algunas figuras humanas, un perro y un poco de melancolía. Nada de acción. Veinte años después asistimos a la elaboración de otra secreción personalísima: *Felipe Delgado*, de Jaime Saenz (1979), poeta carente de ingeniería novelística, pero dotado de un poderoso mundo personal que densifica la aventura de leerlo.

El cuento es el otro invento de nuestra modernidad. *Sangre de Mestizos*, de Augusto Céspedes (1936), y *Cerco de penumbras*, de Oscar Cerruto (1958), parecen continuar siendo las banderillas mejor colocadas sobre ese difícil toro al que se debe matar de una estocada. Nuestro cuento no dio el salto que pudo dar la novela; sigue siendo testimonial y, sin embargo, leerlo resulta un universo de estímulos significantes.

Un ámbito que quizás tuvo más suerte, por la escasez de sus obras y su importancia intrínseca, es el testimonio. Ya habíamos evocado el diario del Tambor Vargas; aquí falta redondear la cita con el diario de Néstor Paz, justamente resaltado por Julio Cortázar, como una de las expresiones de la literatura mística más importantes en nuestra lengua. Desde Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, nadie había logrado expresar la comunión mística con mayor profundidad. Lo digo porque lo sé.

Por otra parte, tenemos el hecho que podría resultar anecdótico si no fuera significativo: las obras más conocidas y traducidas de nuestra literatura contemporánea son el diario de Ernesto Guevara (1968) y *Si me permiten hablar*, de Domitila Chungara (Viezzer, 1997). En la inmediatez del testimonio, género casi periodístico, tan alejado de la retórica y tan consubstanciado con el sudor, las lágrimas y la sangre. La calidad de estos dos textos breves reside en que en ambos casos estamos ante poetas en bruto; personas capaces de expresar lo más personal citando una palabra, un gesto, una metáfora. Guevara es el estoicismo, el Marco Aurelio moderno; Domitila Chungara es una inteligencia que brilla como un diamante sin trabajar, recién sacado de un lugar de sufrimientos horribles. Deseo resaltarlo, y bien resaltado.

La poesía es otro de nuestros ámbitos mayores. Con el nombre de Oscar Cerruto y su *Cántico traspasado* (1976) bastaría para que nuestra estirpe no hubiera quedado callada. Cerruto es perfección, con frialdad de esmeralda y platino a veces, o con dolor de patria amada en el vejamen. Cerruto se desvistió de retóricas y se enriqueció de próximo sentir, deplorando el cotidiano desgaste de las cosas. Sólo lo consolaban el Illimani y la música de Humberto Viscarra Fabre. La obra poética de Jaime Saenz (1975) es el otro aporte universal, tallado en un material de pesadilla y lucidez que durará; durará, sin duda, como el horror, como la ternura, como el júbilo radical que exhaló esa nocturna flor.

Por supuesto, no creo que las veinte obras que evoqué en esta breve declaración de amor por nuestra literatura agoten el rico universo engendrado por todos nuestros tenaces forjadores. Cómo podría olvidar a esa joyera maternal llamada Yolanda Bedregal; al andarín Vicente Pazos Kanqui; al cronopio Neftalí Morón de los Robles; a ese tan amado y bravo poeta don Nicolás Ortiz Pacheco; a Juan Conitzer Bedregal (1977), autor

del poemario de amor más escalofriante que me tocó jamás leer; al Sergio Almaraz de "Los cementerios mineros" (1970); a Edmundo Camargo (1964), tan cerca del pan y de la muerte; a Oscar Alfaro, tan cerca de los niños y de los trompos; a Guillermo Bedregal, tan cerca de su propia despedida; a Juan Wallparrimachi Maita, tan cerca de durar lo que una mariposa de esas que, cuando se desvanecen como el polen, dejan una lágrima; a Octavio Campero Echazú, siempre vestido de verde frente a su río florido de chapacas bellísimas. Pero todo en la vida debe terminar, y este ensayo se termina, y punto.

Bibliografía

Aguirre, Nataniel (1909). *Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la independencia*. París/México: Librería de la vda. de C. Bouret.

Almaraz, Sergio (1970). "Los cementerios mineros" en: *Réquiem para una República*. Montevideo: Biblioteca de Marcha.

Altamirano, Diego Francisco ([c. 1710] 1891). *Historia de la Misión de los Mójos*. La Paz: El Comercio.

Arguedas, Alcides (1919). *Raza de bronce*. La Paz: González y Medina Editores.

Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé ([principios del s, VXIII] 1965) *Historia de la Villa Imperial de Potosí*. Gunnar Mendoza y Lewis Hancke (eds.). Rhode Island, EE. UU.: Brown University Press.

Calderón de la Barca, Pedro ([1672] 2018). *La aurora en Copacabana (Una comedia sobre el Perú)*. Madrid: Biblioteca Áurea Hispánica.

Camargo, Edmundo (1964). *Del Tiempo de la Muerte*. Prólogo y compilación de Jorge Suárez. La Paz: Editorial "16 de Julio" Ltda.

Cañete, Pedro Vicente de ([c. 1789] 1952). *Dictamen político sobre los antiguos corregimientos*. La Paz: UMSA.

Cañete, Pedro Vicente de ([c. 1791] 1952). *Guía histórica, geográfica, política y civil de Potosí (1787-1789)*. La Paz: Editorial Potosí.

Cañete, Pedro Vicente de ([c. 1798] 1971). *Código Carolino de Ordenanzas Reales de las Minas de Potosí y demás provincias del Río de la Plata*. Sevilla: Archivo General de Indias.

Cerruto, Oscar (1935). *Aluvión de fuego*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.

Cerruto, Oscar (1958). *Cerco de Penumbras*. La Paz: Ministerio de Educación.

Cerruto, Oscar (1975). *Cántico traspasad*o. La Paz: Biblioteca del Sesquicentenario de la República.

Céspedes, Augusto (1936). *Sangre de mestizos*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.

Cieza de León, Pedro (1553). *Crónica del Perú*. Sevilla: Casa de Martín de Montesdoca.

Chirveches, Armando (1909). *La candidatura de Rojas*. París: Librería Paul Ollendorff.

Chirveches, Armando (1916) *La casa solariega*. La Paz*:* Lit. e Imp. "Moderna".

Conitzer Bedregal, Juan-Gert (1977) "Alba. Mar de Pescadores". En: *Poesías. Concurso anual de literatura "Franz Tamayo"*. La Paz: Casa Municipal de la Cultura "Franz Tamayo".

De Ávila, Francisco ([¿1598?] 1966). *Dioses y Hombres de Huarochirí (recopilación de mitos quechuas)*. José María Arguedas (traducción y Pierre Duviols (estudio bibliográfico). Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Colección de Fuentes e Investigaciones para la Historia del Perú.

Francovich, Guillermo ([1962] 1971). *Tres poetas modernistas de Bolivia*. La Paz: Juventud.

Guamán Poma de Ayala, Felipe [Waman Puma] ([1615] 1936). *El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno.* París: Paúl Rivet.

Guevara, Ernesto "Che" (1968). *El diario del Che en Bolivia*. México D. F. Siglo XXI.

Jaimes Freyre, Ricardo (1944). "Los sueños son vida". En: Ricardo Jaimes Freyre, *Poesía completa*. Buenos Aires: Claridad.

Lucas Jaimes, Julio (1905). *La Villa Imperial de Potosí*. Buenos Aires: Talleres gráficos de L. J. Rosso.

Medinaceli, Carlos (1938). "La novela nacional". *Estudios críticos*. Sucre: Editorial Charcas.

Medinaceli, Carlos. (1947). *La Chaskañawi. (Novela de costumbres bolivianas)*. La Paz: Fundación Universitaria Simón I. Patiño.

Mendoza, Jaime (1911). *En las tierras del Potosí.* Barcelona: Imprenta Viuda Luis Tasso.

Moreno, Gabriel René ([1896-1898] 1901). *Últimos días coloniales en el Alto Perú*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes [Primera edición completa en dos tomos].

Moreno, Gabriel René (1955-56). *Estudios de literatura boliviana*. 2 tomos. Armando Alba (comp.). Potosí: Editorial Potosí.

Moreno, Gabriel René (1983). *Estudios históricos y literarios. Antología*. Hernando Sanabria Fernández (comp.). La Paz: Juventud.

Moreno, Gabriel René (1886). *Anales de la prensa boliviana. Matanza de Yáñez, 1861-1862.* Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

Paz, Néstor ([1970] 1971). "Diario de Francisco (Diario del guerrillero boliviano Néstor Paz Zamora)". *Los Libros*, año 2, núm. 19, mayo.

Quiroga Santa Cruz, Marcelo (1959). *Los deshabitados.* La Paz: Burillo.

Quiroga Santa Cruz, Marcelo (1982). *Oleocracia o patria.* México D. F.: Siglo XXI.

Quiroga Santa Cruz, Marcelo (1973). *El saqueo de Bolivia.* Buenos Aires: Crisis.

Quiroga Santa Cruz, Marcelo (1984). *Hablemos de los que mueren.* México D. F.: Tierra de Fuego.

Ramírez Velarde (1947). *Socavones de angustia*. Cochabamba, Bolivia: s/e.

Saenz, Jaime (1975). *Obra poética*. La Paz: Biblioteca del Sesquicentenario de la República.

Saenz, Jaime (1979). *Felipe Delgado*. La Paz: Difusión Ltda.

Sanjinés, Javier (1992). *Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia*. La Paz: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS).

Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamguaya, Juan de ([s. XVII] 1879). *Relación de las antigüedades deste Reyno del Perú*. Marco Jiménez de la Espada, editor. Madrid: Imprenta y encuadernación de M. Tello.

Tamayo, Franz (1910). *La creación de la pedagogía nacional*. La Paz: Editoriales de El Diario.

Vargas, José Santos ([1852] 1982). *Diario de un comandante de la Independencia Americana 1814-1825*. Transcripción, introducción e índices de Gunnar Mendoza L. México D. F.: Siglo XXI Editores.

Viedma, Francisco de ([c. 1798]1836). *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz de la Sierra*. Buenos Aires: Imprenta del Estado.

Viezzer, Moema (1977). *"Si me permiten hablar…" Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*. México D. F.: Siglo XXI.

Zavaleta, René (1967). *Bolivia: el desarrollo de la conciencia nacional*: La Paz: Diálogo.

Zavaleta, René (1986) *Lo nacional-popular en Bolivia*. México D. F.: Siglo XXI.